



EL DIARIO DE UN DISIDENTE

JORGE EDWARDS

LA CRISIS POLÍTICA chilena, que se agudizó a fines de la década del sesenta, un poco antes del gobierno de Salvador Allende, y que se supera gradualmente, con uno que otro sobresalto, en este año de transición de la dictadura pinochetista a la democracia, nos obliga, o nos plantea la posibilidad, por lo menos, de mirar nuestra historia y nuestra literatura modernas con otros ojos, de releer nuestros textos, de revisar nuestras "ideas recibidas". Curiosamente, como si la coincidencia no fuera puramente accidental —y estoy convencido, en verdad, de que no lo es—, la relectura es más estimulante, más compleja y enriquecedora, porque coincide con el derrumbe de los regímenes de Europa del Este, y los sucesos de esa parte del mundo tienen, precisamente, un sentido, una lectura especial para nosotros. El dogmatismo de allí fortalecía los dogmatismos nuestros de uno u otro signo. Fortaleció el de la izquierda, en su momento, y contribuyó así a preparar el derrumbe de nuestro sistema democrático. Después, producido ese derrumbe, justificó el de la extrema derecha y sirvió de base para la elaboración entre nosotros de un discurso político neofascista, un discurso viejo y nuevo, anacrónico y, a la vez, peligrosamente acutal. La rigidez policial de los sistemas del Este, reforzada por la de Cuba, era un inmejorable pretexto para mantener los controles rígidos, el miedo al cambio, en el régimen dictatorial nuestro.

Salimos ahora a los aires de la libertad

con una sensibilidad más aguda para captar los aspectos marginales, disidentes, mayoritariamente inadvertidos, de la literatura de las décadas anteriores. Desconfiamos de todos los oficialismos y de todas las hegemonías culturales, incluso las de nuestra prehistoria republicana. Ponemos mayor atención, por ejemplo, en la obra y en el pensamiento poético de Vicente Huidobro, que después de haber escrito una Oda a Lenin y de haber sido stalinista, se rebelaba contra los que él llamaba "esclavos de la consigna". Aprendemos a leer entre líneas al Neruda de la etapa final, comenzada en 1957 con *Estravagario*: el de un revisionismo que no se atrevía a decir su nombre, que actuaba con una "hipocrisia prudente", fenómeno nada nuevo en la historia del arte y del pensamiento. Reflexionamos en forma retrospectiva, con calma y hasta con sorpresa, sobre el prosaísmo nostálgico de Enrique Lihn, que de pronto alcanzaba niveles de epifanía poética, o sobre el humor negro de Nicanor Parra.

En esta atmósfera, en esta encrucijada tan particular, hemos descubierto, o hemos redescubierto, según el caso, el *Diario* de Luis Oyarzún (Ediciones LAR, Concepción, Chile, 1990). Podríamos definir contradictoriamente a Luis Oyarzún (1920 – 1972) como un marginal importante de la literatura chilena, un marginal que habría sido central, que habría sido más leído y que probablemente habría escrito más, si le hubiera tocado vivir en una época más propicia. Oyarzún

quedó condenado a cierta marginalidad por razones formales y, a la vez, ideológicas. Era un poeta más bien escaso, que se expresaba mejor en los terrenos límitrofes de la poesía en prosa, el ensayo y la escritura autobiográfica. Era, en seguida, un hombre de inspiración cristiana, con algunos rasgos de cristianismo de izquierda, en un período en que el humanismo laico y el marxismo ejercían una especie de hegemonía en la cultura chilena.

Luis Oyarzún, por su lado, cultivó hasta cierto punto esa marginalidad; no entenderíamos la coherencia de su personalidad literaria si no supiéramos esto. Nunca, por ejemplo, tuvo una participación disciplinada en las tareas del partido Demócrata Cristiano y ni siquiera en el gobierno de Eduardo Frei, a pesar de su relativa, quizás demasiado relativa, afinidad con ellos. Sin abandonar lo que se podría llamar un punto de partida cristiano, Oyarzún fue un antidiogmático, un espíritu crítico, cercano a los filósofos pragmáticos anglosajones y a cierta literatura fantástica de Inglaterra que conocía muy bien (Oscar Wilde, Lord Dunsany), y a la vez un heredero literario de los simbolistas y los surrealistas franceses. Así conseguía armonizar su condición de funcionario más o menos disciplinado de nuestra Universidad de Chile —profesor de estética, decano de la facultad de Bellas Artes—, sin dejar de pertenecer plenamente al mundo de los grandes poetas de su tiempo: Pedro Prado, Pablo Neruda, Gabriela Mistral.

Vuelta 169 41 Diciembre de 1990

El diario de un disidente [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El diario de un disidente [artículo] Jorge Edwards.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)